

LOS LÍMITES DE LA LITERATURA MEDIEVAL

POR CUANTO EN CUALQUIER TRABAJO, sea de investigación o de creación, se siguen utilizando los términos medieval y moderno debo inferir que siguen plenamente vigentes, aun cuando hayan venido a complementarse con otros de más reciente cuño, de menor ámbito y mayor precisión (pues extensión de campo y rigor, sobre todo en la ciencia histórica, parecen oponerse) y que completan aquellos con tantas subdivisiones cuantas necesita el técnico para calificar y adjetivar la cronología. Si los términos siguen vigentes también lo serán sus límites y, por consiguiente, he de suponer que prevalecen aquellos que nos enseñaron en el bachillerato y que sin duda fueron establecidos el siglo pasado, muy probablemente por un historiador francés, posible lector de Louis Blanc y, casi con toda evidencia, admirador de Taine. Así que de acuerdo con esos límites, la literatura medieval comienza donde termina el Imperio de Roma y concluye con la caída de La Roma de Oriente, el 29 de mayo de 1453.

Pero por lo general las divisiones y calificaciones cronológicas —y excepto en el caso de las edades— no forman un conjunto completo ni discreto; ni cubren en su totalidad el tiempo histórico ni se excluyen entre sí y si en alguna disciplina particular —tal como la Historia del Arte— las divisiones se apellidan según el nombre dado con posterioridad a un estilo dominante, semejante transferencia es de muy rara aplicación en otras disciplinas de la ciencia del pasado. Aparte de eso una calificación estilística arraigada de un campo a otro, incluso dentro del terreno del arte, puede dar lugar a los mayores despropósitos tal como llamar barroca a la música que se componía en Venecia, Leipzig o Bruselas en tiempos de Juan Sebastián Bach. Por si fuera poco el apelativo suele arrojar una sombra funesta que acostumbra oscurecer —para sumirlo en el desconocimiento o la anomalidad— todo lo que no concuerda con él; como si las obras del espíritu que no han marcado ciertamente su época fueran las hermanas menores de aquellas que lo han caracterizado cuando muy posiblemente —y no forzosamente por un gesto de rebeldía tan sólo sino de independencia o desinterés por el gusto dominante— dejaron la impronta indeleble de una vocación dirigida a un público intemporal que no le había de pagar con la misma largueza que el amante de la moda. Porque la moda, en cualquier momento, tarda muy poco en imponerse y aquel que ni la impone ni la sigue ni la exagera si bien puede alcanzar la gloria al menos queda excluido de la extensa cofradía de los hijos de su siglo; un personaje que con el tiempo adquiere rasgos simpáticos es aquel que en tiempos de Goethe no atendió a la llamada de la antigüedad helénica, que en el romanticismo no hizo himnos a la noche o que en la época Biedemeyer se desentendió de las conversaciones de salón entre parejas.

No creo que la literatura medieval tenga muchos rasgos propios. Es tan sólo la literatura que se escribe en Europa en la Edad Media, esto es, entre el año 378 de nuestra era, cuando los godos infligen al emperador Valente la decisiva derrota de Adrianópolis que sellará la vida del Imperio, y aquel terrible martes 29 de mayo de 1453 cuando los jenízaros y bashi-bazuks del sultán Mahomet II entrando por la poterna de Kylókerkos conquistaron la Roma de Oriente. Así pues, si se obedece a la pauta cronológica y se deja de lado ese ambiguo, cambiante, impreciso, múltiple y poco leal criterio llamado carácter, la literatura —en este caso histórica— medieval debe inaugurarse con el relato de la batalla de Adrianópolis que hizo, si no un testigo presencial, al menos un hombre muy atento a los sucesos políticos y militares del este romano y de tal manera dueño de la prosa de su época que sus sucesores y comentaristas no dudaron en titular su obra "a fine Corneli Taciti". Pero él la llamó únicamente *Res Gestae*. Era un griego que nació circa el año 330 en Antioquía. La mitad de su vida sirvió como soldado, competente, astuto y bravo; muy joven ingresó en un cuerpo selecto, los "protectores domesticos" y con poco más de veinte años fue nombrado lugarteniente de Ursicino, general en jefe del ejército del Este que por entonces operaba en Mesopotamia. Sirvió a las órdenes de Ursicino hasta su caída en desgracia, hacia 360, y muy probablemente diez años después se retiró a Antioquía para estudiar a los historiadores de Roma y preparar los materiales de su propia obra; allí le sorprendió la noticia del desastre de Adrianópolis tras el cual se trasladó a Roma donde murió hacia 393. La *Res Gestae* comprendía 31 libros de los cuales se han perdido los 13 primeros y cubría la historia del Imperio desde 96, con la ascensión de Nerva y más o menos donde la dejó Tácito, hasta la muerte de Valente en 378. No había para Amiano Marcelino otro modelo que el de los "Anales" y para hacer una prolongación digna de tan alto ejemplo adoptó el severo estilo del maestro, entonces un tanto arcaico, prescindiendo de las galanuras de los Scriptores Historiae Augustae. Por consiguiente si se acepta el criterio cronológico se ha de reconocer que el que inaugura la edad medieval en lugar de continuar la evolución de la prosa latina hacia formas más edulcoradas y menos pudorosas, retrocede hacia la herencia de Tácito, quizá a sabiendas de que para narrar los sombríos acontecimientos que habían de preparar los tiempos venideros en nada convenía el estilo dulzón de un Livio o un Plinio, las extravagancias de un Mario Máximo, la superficialidad de un Gelio. No me resisto, en este resumen, a introducir una cita del último libro de la *Res Gestae*, cuando en unas pocas páginas Amiano narra el final de la campaña tras la muerte de Valente en Adrianópolis, en el centro de la Tracia. Al día siguiente de su victoria los capitanes godos,

Fritigerno, Alatheo y Safrax emprendieron su avance sobre Constantinopla, inflamada su avidez por los tesoros que guardaba la metrópolis. "Acababa de reclutar la gran ciudad un cuerpo de sarracenos, gente muy a propósito para la guerra de partidas pero incapaz de operaciones estratégicas regulares", dice Amiano y sigue: "Al acercarse la fuerza enemiga los sarracenos corrieron decididamente a su encuentro, trabándose empeñada escaramuza que por mucho tiempo estuvo indecisa; pero los orientales tomaron la ventaja con un hecho nunca visto. Uno de ellos, de larga cabellera crespa y vestido tan sólo con un taparrabos, se lanzó puñal en mano y profiriendo horribles voces en medio de los godos y tras degollar a uno de ellos aplicó los labios a su garganta y bebió toda la sangre que manó de ella. Los bárbaros del norte quedaron estremecidos ante aquel feroz espectáculo, les abandonó su habitual confianza y avanzaron con tímidos pasos. Al fin perdieron por completo su valor, viendo desde lejos el inmenso circuito de las murallas, las bellezas que encerraban y la inmensa población que habitaba el estrecho que separa el Ponto del Egeo. Después de haber perdido más gente que la que mataron (los godos), destruyeron sus máquinas de sitio y se dispersaron en desorden hacia las provincias septentrionales, que cruzaron sin que nadie los detuviese, hasta el pie de los Alpes Julianos, llamados en otro tiempo Vénetos".

La primera noticia sobre la "Crónica" de Sfranzés la tuve con la lectura de *La caída de Constantinopla* de Steven Runciman, en la traducción al castellano de Victorio Peral Domínguez, publicada por Espasa - Calpe en la Colección Austral en 1973. Por su erudición, por su estilo brillante y escueto, por la calidad de la reconstrucción de aquel hecho, por esa tan británica imparcialidad y firmeza en el relato de las causas y los antecedentes, por la serenidad con que destila toda la tragedia, no tengo el menor pudor en afirmar que *La caída de Constantinopla* es el libro que me habría gustado escribir. Pero eso no hace al caso. Como decía, gracias al libro de Runciman tuve la primera noticia acerca de la historiografía —testimonial o contemporánea— de la caída de Constantinopla. Las fuentes directas no cubren un catálogo muy extenso —unos doce títulos originales— pero tal ventaja es sobradamente compensada por la imposibilidad de acceso a ellas para el lector profano. Ninguno de los grandes títulos de ese catálogo han sido traducidos al castellano pero —no hay por qué alarmarse— a lo que yo sé tampoco lo están la mayoría de las lenguas europeas. Se diría que la misma indiferencia que en su día demostró Occidente por la suerte de Constantinopla se ha transmitido a una cultura que como mucho demuestra su magnanimidad con la cesión a los especialistas del interés por aquel funesto y capital suceso.

Estimo que el libro de Runciman despertará en todo lector cierta avidez por acudir a las fuentes originales de la historia. A mí al menos me la despertó y durante mucho tiempo busqué los textos de Sfranzés, de Ducas o de Barbaro sin el menor resultado. Hace un par de años, cuando ya tenía olvidado el intento, encontré en un catálogo universitario norteamericano una traducción completa del *Chronicon* de Sfranzés, traducido al inglés por Marios Philippides y publicado por la University of Massachusetts Press en 1980. El texto incluye no sólo el "Chronicon minus" de Sfranzés sino también el "Chronicon maius" de Makarios Melissenos. En palabras de Runciman, Sfranzés "era oriundo del Peloponeso y nació hacia 1400... Muy joven llegó a ser secretario del emperador

Manuel II y tras la muerte de éste se adhirió a su hijo Constantino... Tenía prejuicios. Detestaba a los dos hermanos del emperador, Teodoro y Demetrio, y sentía una particular envidia por el Megadux Lucas Notaras, a quien consideraba su rival en la corte y con quien, por lo tanto, se mostraba desleal. Poseía la exigente altivez de un cortesano oficial y desempeñó un papel importante en la corte..." Es de suponer que Sfranzés perdería su original cuando fue capturado por los turcos y lo convirtieron en esclavo; posteriormente fue redimido y rescatado y en 1456 se retiró a Corfú donde acogido a la vida monástica murió hacia 1478. Muy posiblemente en el monasterio y en tanto conservaba una memoria fiel reescribió el *Chronicon* en un estilo "honrado, vivo y convincente" que, al decir de su traductor al inglés, supone una ruptura en la tradición, un atentado a la composición bizantina que exigía una obediente imitación del clasicismo helénico al que no dudó en trocar por las formas vernaculares y lingüísticas de su siglo. Desde Corfú y por espacio del cuarto de siglo que siguió a la pérdida de su ciudad fue testigo de los progresos del Sultán que al fin, y sólo cuando vieron amenazados sus intereses, despertaría a las potencias mediterráneas y balcánicas de su fatal pasividad. Nada tiene de extraño que el espíritu de aquel hombre quedara embargado por la amargura y que la fidelidad a su credo revistiera un cierto rencor hacia el herético Occidente que, entre otras, había aducido razones de doctrina para negar su apoyo "¿Dónde están aquellos cristianos" —se pregunta Sfranzés—, "el emperador de Trebisonda, los señores de Valaquia, el rey de Georgia, que contribuyeron con un sólo sueldo o un simple soldado a nuestra defensa? ¿Quién sabía que la cesión de Mesembria y Selibria a Janco era a cambio de una ayuda que nunca llegó? ¿Quién recuerda que el rey de Aragón pidió la posesión de Lemnos para defenderla contra los turcos y asistir a nuestra ciudad en caso de necesidad? Se quedó con Lemnos pero jamás acudió a Constantinopla. ¿Quién sabe la cantidad de dinero que envió a los señores de Quios a cambio de vanas promesas? ¿Quién sabe el número de rogativas y ayunos que hizo nuestro Emperador? Pero Dios ignoró sus ofrendas, no sé por qué ni a causa de qué pecados".

Siempre se había opuesto Sfranzés a la unión de las iglesias pero habiendo tenido que aceptar en su día la política conciliatoria de Constantino en busca de la tan necesitada ayuda militar, veinticinco años después del fracaso vuelve sobre la doctrina de la procesión del Paráclito —la famosa inclusión del Filioque en el Credo, la piedra angular de todo el Cisma— y en una de las últimas entradas de su Crónica protesta "con certidumbre que el Espíritu Santo no procede del Padre y del Hijo, como pretenden los latinos, sino de una manifestación inseparable del Padre tal como el Hijo es nacido de la misma manifestación inseparable del Padre".

El "Chronicon minus" de Sfranzés que abarca la historia de Bizancio entre 1401 y 1477 se complementa con el "Chronicon maius" que narra la historia completa de la dinastía de los paleólogos y durante siglos fue atribuido al mismo autor. Sin embargo la investigación moderna ha establecido que el "Maius" fue recopilado en el siglo XVI por Makarios Melissenos. Tan sólo existe traducido al inglés, también por Marios Philippides, el fragmento del mismo que comprende la iniciación de la campaña y del sitio por el sultán Mahomet en marzo de 1452 hasta la caída de la ciudad en mayo de 1453 y que difiere muy sustancialmente del relato de Sfranzés. La

bibliografía de la traducción me remitió a dos importantes volúmenes, traducidos ambos por el profesor Melville Jones; el primero es la edición inglesa completa y anotada del *Diario del sitio de Constantinopla* (Nueva York, Exposition Press, 1969) de Nicolo Barbaro, un veneciano de buena familia que estudió medicina y llegó a Constantinopla como médico de la armada de la república poco antes de que comenzase el asedio; aun cuando su relato es tildado de parcial e inexacto por los especialistas, en parte sin duda por su aversión a genoveses y catalanes y su poca simpatía por el empecinamiento doctrinario de los griegos, constituye —gracias a las anotaciones en forma de diario— una guía inestimable para seguir día a día el progreso del asedio. El otro volumen al que he hecho referencia es una traducción y recopilación del mismo profesor Melville Jones que bajo el título *The siege of Constantinople 1453. Seven contemporary accounts* (Adolf M. Hakkert, Amsterdam, 1972) recoge, por este orden, las relaciones sobre la pérdida de la ciudad de Giacomo Tedaldi, soldado florentino, Leonardo de Quíos, arzobispo de Matile, Laónicos Calcocondilas —ateniense admirador de Tucídides que escribía en un estilo deliberadamente arcaico—, Miguel Ducas, oscuro personaje de cuya vida poco se sabe, decididamente antiheleno, Cristóforo Riccherio, un desconocido que publicó su obra —de menor importancia— en 1568, Zorzi Dolfin, que escribió una historia de Venecia hasta 1478, y por último el relato de Angelo Lomellino, podestá genovés de Pera —el barrio al otro lado del Cuerno de Oro—, quien pocos días después del suceso lo narra en una breve carta a su hermano en Génova. Con esta nómina queda poco menos que completo el catálogo de las fuentes contemporáneas de la caída.

Mil setenta y cinco años —exactamente lo que dura la Edad Media y, por consiguiente, la literatura medieval— después de la aparición de aquel sanguinario jenízaro que salvó a Constantinopla del saqueo de Frigiterno, tal como lo narró Amiano Marcelino en la última página de su *Res Gestae* aparece la misma colosal bestia pero en el campo contrario, en opuesta dirección. Siete semanas hacía que duraba el cerco completo de la ciudad y ningún progreso sustancial —excepción hecha del cansancio de los sitiados, el agotamiento de sus provisiones y pertrechos y su desmoralización a causa del abandono de toda esperanza de socorro procedente de Occidente— habían obtenido las tropas del sultán Mahomet. El descontento y desconcierto que cundía entre sus íntimos ante la firme y eficaz resistencia de los cristianos le impulsó a enviar una insincera embajada de paz que llegó a la corte del emperador el viernes 25 de mayo con unas proposiciones inaceptables. Al atardecer del lunes 28 de mayo se desencadenó el ataque del ejército del sultán a lo largo de todo el perímetro amurallado que por tierra cerraba la península desde la Puerta Dorada en el mar de Mármara hasta la Puerta de Blachernas sobre el puerto en el Cuerno de Oro. Durante toda la noche arreció el combate sin que un sólo turco lograra atravesar el recinto exterior pero poco antes de salir el sol, entre dos luces, habían de ocurrir casi simultáneamente la herida y retirada de Justiniani, el capitán genovés, y el fatal accidente de la poterna de Kylókerkos, disimulada en una torre y utilizada por Bocchiardo y sus genoveses en sus sortijas de acoso al flanco enemigo. Alguien, de vuelta de una sortija, olvidó echar la tranca de la puerta. Algunos turcos advirtieron que la poterna se hallaba abierta y comenzaron a subir

escaleras arriba hasta el adarve. "Zaganos Pachá estaba presente, arengó a los jenizaros y levantó sus ánimos" dice el cronista Makarios Melissenos que continúa así: "Un jenízaro llamado Hasan, una gigantesca bestia de Lopadion, avanzó hacia el centro de la confusión cubriendo su cabeza con su escudo y con su espada en la diestra. Unos treinta lo siguieron tratando de emular su coraje. Los nuestros de la muralla abandonaron sus armas y haciendo rodar grandes piedras lograron expulsar a dieciocho de ellos. Pero no pudieron con Hasan que alcanzó el adarve y desbarató nuestras tropas; muchos otros lo siguieron y penetraron en la fortificación. Los nuestros que eran pocos fueron incapaces de detenerlos en tanto numerosos enemigos lograron unirse a los primeros. Por fin Hasan fue abatido por una gran piedra pero apoyado sobre una rodilla siguió defendiéndose hasta sucumbir atravesado por numerosas flechas. Pero para entonces la gran hueste de nuestros enemigos había escalado la muralla y puesto en fuga nuestras fuerzas".

Al pie de la muralla de Constantinopla, en 378 un jenízaro sanguinario abrió la Edad Media y sobre la misma muralla, mil setenta y cinco años después, un gemelo suyo la cerró. Semejante coincidencia podría dar lugar a buen número de esas sumarias conclusiones que, levantadas sobre hechos parecidos, acostumbran extraer los filósofos de la historia. Por ejemplo, que la historia es la relación de las luchas humanas, cosa que en buena medida es verdad si se limita su campo al documento escrito y a la antigüedad; que la historia se repite —que más que una falsedad parece una imposibilidad genética— y se desarrolla por ciclos, esto es que partiendo de un punto vuelve al mismo tras una circunvolución, una teoría que parece muy sugestiva y muy fértil para el pensamiento mítico pero que en realidad carece de contenido temporal; o que viene empujada por el héroe, acaso el protagonista menos llamado a moverla, como el jenízaro de Kylókerkos, una doctrina sobre la que no deseo pronunciarme por ahora. Pero comoquiera que sea esos mil setenta y cinco años que separan las apariciones de uno y otro jenízaro y la desaparición como centro de un Imperio de una y otra Roma, comprenden un período muy distinto de las otras edades desde el punto de vista de la literatura occidental. Se reconocerá que en ese período la prosa no abunda y que la larga noche medieval, extendida sobre el occidente europeo, tan sólo es alumbrada por el tintineo de las estrellas líricas. El ocaso de Roma trae consigo el ocaso de la prosa, sin duda porque la sustitución de una empresa política de tal envergadura por otra de marcado carácter individual no dejaría de trascender a la expresión literaria; si se derrumba el Estado y su lengua, el idioma que aquí y allá nacerá sobre los restos de aquella empezará a balbucear con estancias domésticas y dado que tampoco hay mucho que contar —excepto los sinsabores y alegrías del alma rústica— en modo alguno tendrá que hacer uso del período de Tácito para el que no tiene estructura ni léxico ni, por decirlo pronto, sujeto de la narración. Muy distinta será la cultura de la Roma de Oriente donde —como si se tratara de dos hemisferios distintos— luce el sol de la historia en tanto por Occidente se extiende la noche del romance; nada hay comparable en Europa a ese corpus bizantino. Por lo mismo, a los pocos meses de aquel fatídico martes 29 de mayo de 1453, empieza a surgir en Oriente una poesía popular —desconocida antes— que toma la forma de un corpus de trenos o lamentaciones sobre la caída de Constantinopla

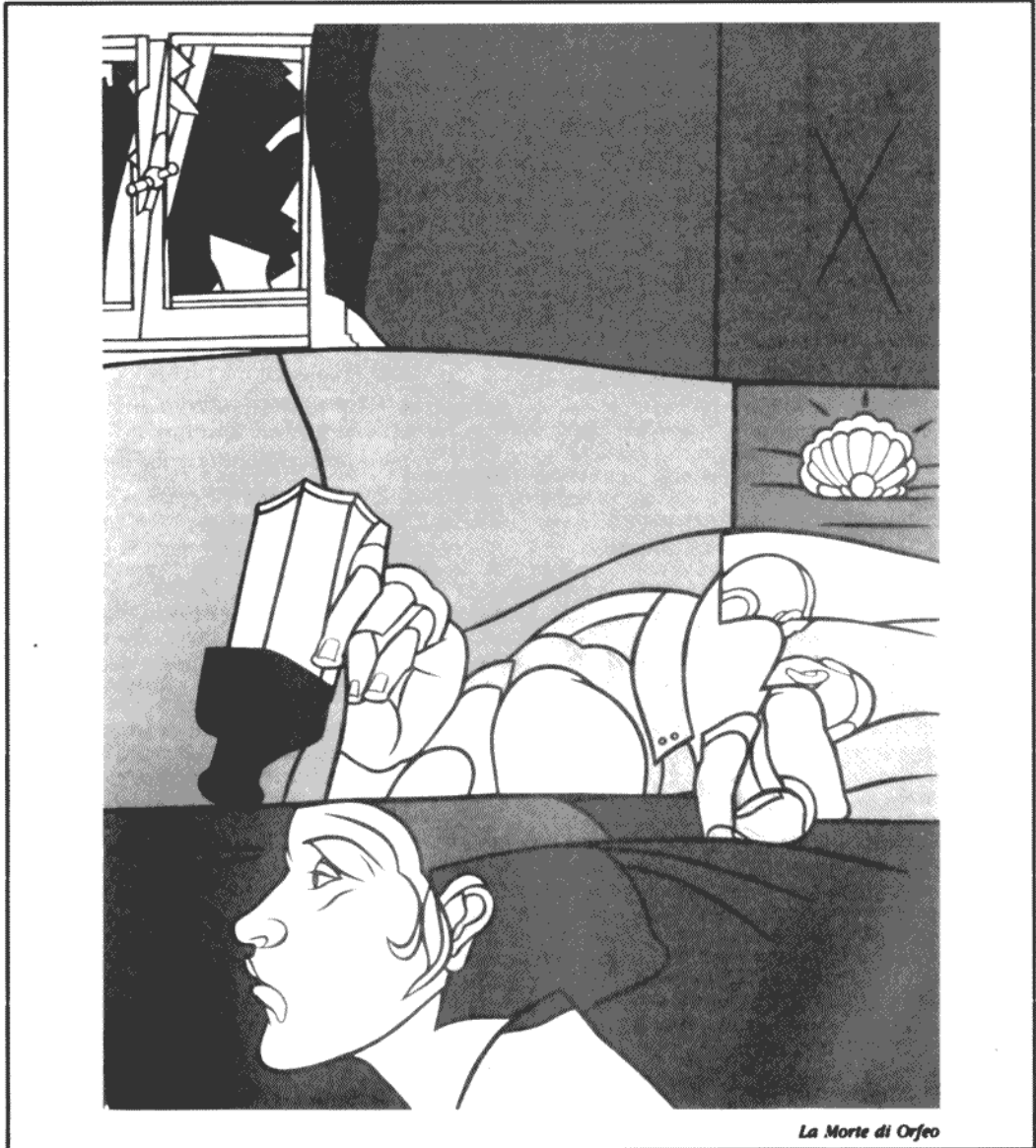
"mucho más interesante" al decir del especialista, "que los documentos históricos posteriores".

El mismo martes 29 de mayo el sultán en persona entró en Constantinopla, avanzada ya la tarde. Escoltado por sus guardias recorrió sus calles y se llegó hasta la basílica de Santa Sofía. Aquel mismo día decidió que el templo fuera transformado en mezquita. Uno de sus ulemas subió al púlpito y proclamó que no había más Dios que Alah. Cuando el sultán abandonó la catedral atravesó la plaza y se dirigió al Antiguo Palacio Imperial que ya había sido saqueado. Cuenta la leyenda que

al cruzar sus aposentos medio en ruinas a guisa de homenaje recitó dos versos de un poeta persa del siglo X:

La araña vigila el pórtico de Cosroes
Y la lechuza canta un himno marcial en el palacio de Afrasiyab.

Con poesía celebraba el fin del Imperio de Oriente. En aquel mismo momento y al tiempo que sus armas, las adolescentes naciones occidentales afilaban sus plumas para vaciar en prosa las nuevas gestas de sus capitanes.



La Morte di Orfeo